

«Mezclados cual dicha y pena  
Lo dulce y lo amargo van.

» Merced á doctor tan sabio,  
Ve, aunque tarde, mi razon,  
Que aquello que es dulce al labio  
Es amargo al corazon.

» Yo, que hasta el postrer retoño  
Agosté en mi edad primera,  
Brotar no veré en mi otoño  
Flores de mi primavera.

» Fuí dejando, por mejor,  
Lo amargo para el final,  
Y esto, segun el doctor,  
Sabe bien, mas sienta mal.

» Cumpliré una vez su encargo;  
Tú, copa segunda, vén,  
Pues tomar ántes lo amargo,  
Si sabe mal, sienta bien.

» ¡ Oh, cuán sabio es el doctor  
Que cura de un modo igual  
Las dolencias en amor,  
En higiene y en moral! »

ESCENA VI.

Un drama de familia.

JULIO.— ROSAURA.— ROSA (*oculta*).

I.

Siendo Rosa Valdés, segun mi cuenta  
(Si bien por excepcion un poco rara),  
Una mujer hermosa de cuarenta,  
Que no tiene veinte años en la cara,  
Casi es su otoño una estacion florida,  
Lo mismo que lo fué su primavera,  
Que es más bella tal vez que la primera  
La juventud segunda de la vida.

De Rosa la hermosura es tan cumplida,  
Que cual si fuese un velo  
Cuando lo suelta al viento, toda entera  
La oculta la madeja de su pelo,  
Pelo que todavía  
Un torrente sería  
Del ébano más puro, si no fuera  
Porque á veces, si lo ata ó lo desata,  
Tiene ¡ oh dolor! que eliminar severa  
Unos hilos de plata  
Que matizan su negra cabellera.

Lozana como un fruto ya maduro,  
De buena fe aseguro

Que si á los quince Abriles encantaba  
Y á los veinte admiraba,  
Seguia á los cuarenta mereciendo,  
Pues toda la ciudad aseguraba  
Que Rosa (y es verdad) más bien ganaba  
Que solia perder, envejeciendo.

II.

Pero la pobre Rosa  
Es más que desgraciada, está celosa;  
Y ya á la languidez de sus miradas  
Se une de dia en dia  
En su rostro de madre una sombría  
Palidez de facciones fatigadas;  
Pues de cierta ilusion roto ya el prisma,  
Su pena, más que pena, es un martirio,  
Y vive en una especie de delirio  
En que duda de todo y de sí misma.  
La idea de su edad la atormentaba,  
Pues aunque nunca se la oyó una queja,  
Por momentos notaba  
Que el amor de los otros la dejaba,  
Aunque el que ella sintió jamas la deja.....  
¡Nada á madama Sevigné curaba  
Del inmenso dolor de hacerse vieja!

III.

Mas como ya sabemos  
Que los años que cuenta,

Aunque parecen veinte, son cuarenta,  
Haciendo Rosa de dolor extremos,  
Asegura que Julio es un infame  
Porque la va olvidando..... Mas ¡Dios mio!  
Despues de mucho tiempo, áun cuando se ame,  
En el fondo de todo ¿no hay hastío?  
¡Sí! y por eso, á pesar de sus traiciones,  
Es, ha sido y será Julio Montero  
Un gentil y cumplido caballero,  
Que vive segun Dios y sus pasiones.

IV.

Como es Julio una débil criatura  
Que en sus varios amores,  
Gustando del amor por sus favores  
(Como hombre que cree sólo en la hermosura,  
Como se cree en la esencia de las flores),  
Olvida despues que ama,  
Y ama despues que olvida.  
Mudar, siempre mudar, ¡ley de los seres!  
Dulce ley que fué el norte de su vida,  
Pues poco escrupuloso en sus deberes,  
Practicando esa máxima sabida  
De que es fuerza adorar á las mujeres,  
Despues que á Rosa amó con fanatismo  
Adoró de Rosaura los encantos.  
Mas ¿fué en Julio cinismo  
Hacer lo que hacen tantos?  
No lo creo, sabiendo por mí mismo  
Que á quien más tienta el diablo es á los santos.

Por eso, aunque la madre es tan hermosa,  
Ve Julio que es la hija hasta divina,  
Y, en consecuencia, á Rosa  
Con Rosaura reemplaza,  
Pegándose aquel hombre á aquella raza,  
Como se pega el muérdago á la encina.

V.

Rosaura, hija de Rosa,  
Como niña nacida entre las flores,  
Ademas de ser bella, era graciosa,  
Pues no sé en qué botánico he leído  
Que una hermosa mujer, cuando ha nacido  
En medio de un jardín, es más hermosa.  
Morena verdadera,  
¡Cuán morena sería,  
Que bien seguro estoy que pasaría  
Por morena en Jerez de la Frontera!  
Pecando en esta bella criatura  
(Si se peca por eso)  
Por demasiada gracia su hermosura,  
Produce la dulzura  
De su voz musical tanto embeleso,  
Que el que la oye suspira,  
Y hermosa hasta el exceso,  
En los labios de todo el que la mira  
Casi se ve cómo palpita un beso.

VI.

Perdidas y enterradas  
En Rosa sus primeras emociones,  
En la jóven Rosaura recobradas  
Volvió Julio á encontrar sus ilusiones.  
Mas cuando Rosa vió que él tiernamente  
A Rosaura miraba embelesado,  
Casándola de pronto honradamente,  
La eliminó con honra de su lado;  
Y así fué la infeliz casada en frío  
Con un jóven galan de mucho brío,  
Que, como un lord, de sus haciendas vive,  
Que aunque se llama Blas, es muy celoso,  
Que toca, baila, canta y hasta escribe  
Muy poco y mal como cualquier esposo;  
Y con tal casamiento,  
Rosa, aunque buena madre, amante artera,  
Puso por el momento  
Entre Julio y Rosaura una barrera.

VII.

De todos los encantos  
Que Rosaura tenía  
Era el mayor, aunque tenía tantos,  
Que á traves de sus ojos todavía  
Sólo cruzaban pensamientos santos;  
Y por eso, entregada  
A nobles expansiones,

Aunque mujer casada,  
Es una niña grande tan honrada,  
Que no piensa en las malas intenciones;  
Y de Julio Montero, que la amaba,  
Ella el amor oía  
Con un cierto candor que enamoraba,  
Pues, casada de prisa, se creía  
Libre en su amor, si en su deber esclava.

VIII.

Estando Julio de Rosaura al lado  
En una noche, al acabarse el día,  
Bajo el fresco rincón de un emparrado  
Que entre la casa y en el jardín había,  
Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,  
Poniendo en no ser vista un gran cuidado,  
Se arrastró del jardín hasta la puerta,  
Y dejándola á oscuras y entreabierta,  
Se puso á oír en alevoso acecho.

IX.

Y mientras Julio, que á Rosaura adora,  
Con los ojos devora  
Lo hermoso que nos causa calentura,  
Muestra Rosaura, de abandono llena,  
Aquel rostro en la flor de su hermosura,  
Y ¡lo que es el amor! aunque es morena,  
Salta de ella una especie de blancura.  
¡Noche de amor en que el amor rebosa,

En la cual las ideas son pasiones,  
En que ostentan las flores sus botones  
Con toda su turgencia misteriosa!  
¡Noche clara, lo mismo que la aurora,  
En la que en sombras, en rumor y flores,  
Y en cánticos de amor de ruiseñores,  
Se agota todo un Mayo en una hora!  
Y cuando así los dos gozan unidos  
De una dicha sensual y candorosa,  
Encienden el ardor de sus sentidos  
Los magnéticos ruidos  
Que, electrizando la campiña toda,  
En blando movimiento,  
Pasando por los nidos,  
Los va arrastrando y dispersando el viento,  
¡Cantor eterno de la eterna boda!

X.

Entre la sombra de la noche aquella  
En que ambos frente á frente se miraron,  
Y sus almas los dos se derramaron,  
Ella en el pecho de él, y él en el de ella,  
Se dijeron amores  
Como se abren las flores,  
Como un ave es cantora,  
Como lo quiere, cuando se ama, el cielo,  
Como en todo lugar y á cualquier hora  
Alegre y bullidora  
Coge el placer la juventud al vuelo;  
Mientras Rosa, escondida y desalada,

Oia cada frase  
Cual si sintiese el frio de una espada  
Que su pecho á traicion atravesase.

XI.

Como hace amar á prisa, muy á prisa,  
El ardor que circula por las venas,  
Cuando se aspira una templada brisa  
Que es en lo dulce un céfiro de Aténas,  
Julio ciego y Rosaura placentera,  
Bajan enamorados  
La pendiente hechicera,  
Por la cual nos empuja arrebatados  
La noche, nuestro amor, la primavera.....  
¡ Aquel dosel tan bello  
Que forma lo gentil del emparrado!.....  
¡ La bruma de un lugar poco alumbrado!.....  
¡ Lo oscuro y lo nupcial de todo aquello!.....  
¡ Allá suspiros, ramas y dulzura,  
Y acá fe y esperanza!.....  
¡ A una parte deseos y ternura,  
Por otro lado el ódio y la venganza;  
Y aquí y allí los débiles quejidos  
Que murmuran los pájaros dormidos!.....  
¡ Oh, imágen de la vida,  
La dicha siempre á la desdicha unida!.....  
¡ Vértigo que formaron combinados,  
La tierra, los abismos y los cielos,  
Eternos remolinos encontrados,  
Bien y mal, luz y sombra, amor y celos!.....

XII.

Viendo Rosa llegar el gran instante  
En que á su fin camina  
La audacia habitual de todo amante  
Que conoce la ciencia femenina,  
A un ruido de suspiros que hizo el viento,  
Como el vago rumor de una arboleda,  
Exhaló un rudo acento  
Cual si en aquel momento  
Se hallase en el suplicio de la rueda;  
Y cuando Rosa con furor repara  
Que ya llega el instante de la hora  
En que se hunde aquel puente que separa  
A Eva inocente de Eva pecadora,  
Al pié de la vidriera  
De la puerta que daba á la terraza  
Mira más..... mira más..... se desespera,  
Y cae desmayada, cual si fuera  
Una estatua que el rayo despedaza.

XIII.

Cuando Rosa caia sin sentido,  
Cual si hubiese sufrido  
Un fuerte martillazo en la cabeza,  
Rosaura ante la carne, con nobleza  
Casta, retrocedia,  
Pues cuando ya perdía  
Su corazon la calma

De un modo que no sé cómo aquel día,  
Sin saber lo que hacia,  
No añadió el dón del cuerpo al dón del alma,  
Al corazón venció con su cabeza,  
Pues, aún envuelta en fuego,  
Sabía con certeza  
Que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego,  
Pero no vuelve á un alma la pureza.  
Y siempre decidida  
A hacer guardar del deshonor su vida,  
Y sabiendo además que es más seguro  
Que arrostrar las pasiones  
Poner en ocasiones  
Entre el deber y el corazón un muro,  
Se lanzó hacia la estancia,  
Santuario de los juegos de su infancia.  
Del jardín á la puerta se avvicina,  
Y, viendo que no cede, empuja airada,  
Y encendida, jadeante, fatigada,  
Pisa un bulto, se inclina,  
Vuelve á erguirse, y camina  
Como si el bulto aquel no fuese nada;  
Y la enferma, que á su hija huyendo mira,  
Siente, al verse pisada,  
Unas ráfagas de ira  
De toda madre al corazón extrañas;  
Y, más rival que madre, entonces Rosa  
Al tocarla aquel pié, sintió celosa  
El demonio del odio en sus entrañas.

XIV.

Quando ve Julio que Rosaura, huyendo  
Del fuego que la abrasa,  
Corre ciega, y corriendo  
Sobre su madre moribunda pasa,  
Al umbral de la puerta,  
De sorpresa y terror petrificado,  
«¡Rosa!», exclama espantado.  
Mas Rosa, medio muerta,  
La cabeza, que á intervalos levanta,  
Como cortada con un hacha gira;  
Va á contestar, pero su angustia es tanta,  
Que entre sus labios la respuesta espira;  
Vuelve á querer hablar y se atraganta;  
Y al fin, más que decirlo, así suspira:  
«Me asesinaste, adios; duerme si.....» Muere  
Y el «si puedes», que apenas lo profiere,  
Se le heló con la vida en la garganta.

XV.

¡La luna indiferente entonces muestra  
Su disco ensangrentado,  
Y una espantosa lividez siniestra  
Echó sobre aquel cuadro desolado!

ESCENA VII.

**Mal de muchas.**

EL MÉDICO.— ROSAURA.

«¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?  
Rosauro preguntó con desconsuelo.  
—Murió, dijo el doctor, de una caída.  
—Pues ¿de dónde cayó?— Cayó del cielo.»

---

DEL SEÑOR

D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

---

LA NAVE.— SOBRE UNA TUMBA.  
AMOR É INOCENCIA.— AL CATUCHE.— LA LUNA Y LA TARDE.  
Á LA MUERTE.